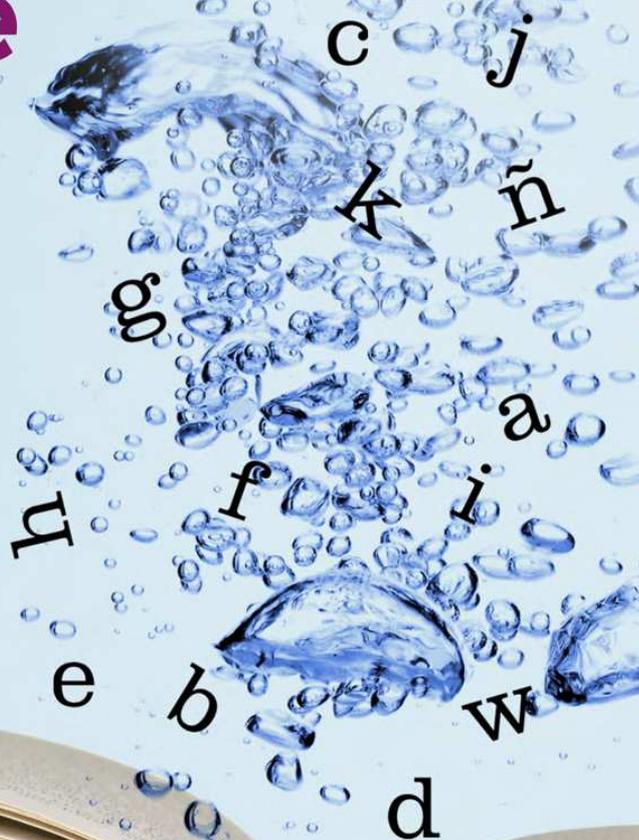


VI Certamen Literario del Agua de Emasesa

Plazo de admisión de obras hasta el 31 de Marzo
Consulta las bases del certamen en
www.emasesa.com

Para más información puedes dirigirte a
centrodedocumentacion@emasesa.com



Fuente de Evolución

 #aguayletras

Síguenos en:



VI CERTAMEN LITERARIO DEL AGUA

OBRAS GANADORAS

Modalidad Cuento Infantil

Primer Premio:

“El mundo de Balim”.....pág. 3

Autora: Beatriz Berrocal Pérez

Segundo Premio (Desierto)

Modalidad Relato Corto

Primer Premio:

“El Azahar Rosario de Sevilla”.....pág. 14

Autor: Víctor Antonio González Izquierdo.

Segundo Premio:

“El Ladrón de almas”.....pág. 29

Autor: Miguel Paz Cabanas

-EL MUNDO DE BALIM-

1er PREMIO MODALIDAD CUENTO INFANTIL VI CERTAMEN LITERARIO

Balim Udú Kandá, hijo de Ralem Udú, nieto de Arse Udú, y próximo jefe de la tribu de Ampala, situada en la zona noroeste de África, una de las más pobres de la Tierra, de las más secas, de las más desérticas.

Siete años de edad.

Piel negra, ojos tan oscuros que parecen no tener fondo, pero brillantes, enormes, despiertos y vivos, muy vivos.

Cuerpo de junco fibroso, pequeño para sus años, ágil, escurridizo y alegre a pesar de la miseria que le rodea, con la alegría que se tiene cuando no se echa de menos nada, porque nada se ha tenido nunca.

Cuando Balim sonríe (y lo hace con mucha frecuencia), una hilera de dientes blanquísimos se asoman al balcón de su boca y los ojos se le hacen un poco más pequeños, como si no comprendiesen bien el por qué de tanta alegría cuando alrededor solo hay un suelo polvoriento y agrietado que abrasa al contacto con los pies.

Adorna su cabeza de rizos oscuros con una especie de abalorios fabricados con diminutos huesos de animales que van sonando al caminar emitiendo una monótona cancioncilla solamente perceptible por él.

Cuando sea como su padre, grande y fuerte, llevará un gorro especial, altísimo y lleno de colores: el amarillo por el sol que les alumbra, el azul por el cielo que les cubre, el marrón por la tierra que pisan y el verde por el color de los campos sin sequía; en el centro también lleva un círculo blanco, porque el blanco es el color de lo que no tiene color, como el agua.

Llevará además un collar del que colgarán los colmillos de un león, y los días de fiesta se podrá cubrir con una capa hecha con la piel de los cuartos traseros del okapi, que se parecen a los de una cebra, pero son mejores porque están cubiertos de un aceite que el okapi utiliza para marcar su territorio y que hace que el jefe de la tribu tenga un olor especial, como el de su padre, su abuelo y todos sus antepasados, y como el que algún día, también tendrá él.

Ser jefe es muy importante, es lo más importante en el mundo, en su mundo, porque te conviertes en el responsable de todo lo que le ocurra a la gente de Ampala, no solo de tu mujer y tus hijos, sino de lo que les ocurra a todos los habitantes de la aldea, y eso es muy serio, así se lo ha enseñado su padre, y así lo hará él cuando le llegue el momento.

Balim está ahora en lo alto de una colina desde la que puede verse toda Ampala. Se está escondiendo el sol y la temperatura comienza a caer.

Sobre la aldea se está posando una sombra que alivia el calor del día y favorece que, normalmente, los niños como él salgan a la calle para jugar y corretear entre las casas de barro y paja que forman el poblado.

Pero hoy no hay niños corriendo en las calles, ni se ve a las mujeres caminando con cántaros en la cabeza y pequeños recién nacidos colgando de su espalda.

Hoy hay silencio en Ampala, y a Balim no le gusta el silencio porque siempre que lo hay es porque algo malo ha ocurrido. A él le gusta la música que hace su madre cuando golpea el cuenco en el que machaca el trigo, o la que hacen los hombres de la tribu cuando se juntan por la noche y tocan unos instrumentos que han fabricado con piel de animales y que al golpearlos con las manos huecas suenan a fiesta. Entonces, las mujeres cantan y bailan cerca de una hoguera que se enciende para poder ver, y los niños como él intentan imitarlas, pero a la vez ríen porque no saben mover los pies al ritmo de sus madres y algunos de ellos caen al suelo sin perder ni un momento la sonrisa.

El silencio de hoy es grande y pesado como el rinoceronte, y a Balim le parece tan triste que ha preferido irse de la aldea y sentarse en la colina, tal vez desde allí pueda ver cuándo se va a ir la tristeza; pero no, no se ve nada más que un poblado que parece desierto, como si estuviese habitado por sombras, como si fuese el cementerio de elefantes que está al otro lado de la gran montaña.

Balim se fija en el suelo sobre el que está sentado. Está tan seco que se ha ido abriendo como si la tierra no pudiese ya estar junta, como si fuese una enorme boca que se abre a la espera de recibir lo que tanto necesita, lo único que puede hacerla revivir, el bien máspreciado, el regalo que el dios Saar les viene negando desde hace muchas lunas sin que nadie se explique por qué: el agua.

Sin agua no hay nada.

Él lo sabe, es lo primero que aprende un niño en Ampala. Apenas su madre le desprende de su pecho ya se da cuenta de que si falta el agua, falta todo lo demás.

Sin agua no hay trigo y sin trigo no hay tortas de pan. Tampoco hay maíz, sin maíz no hay gallinas y sin gallinas no hay huevos. Igual que no hay yerba y sin la yerba, se mueren las ovejas y las cabras, las vacas se vuelven huesudas y se niegan a trabajar porque la tierra está tan dura que son incapaces de removerla y además, no tienen fuerza para ponerse en pie.

Sin agua, los hombres y las mujeres enferman, los niños se vuelven tristes y esconden sus dientes blancos en la boca que se olvida de sonreír y solo se abre para pedir de beber, como la tierra.

Los vientres de los chiquillos se vuelven grandes porque no comen, sus barrigas se trastornan y se hinchan esperando una comida que no llega, y todo el mundo alza la cabeza mirando al cielo para ver si el dios Saar les envía el milagro de la lluvia.

A veces se hacen bailes para contentar al dios, se sacan figuras que los hombres han hecho para recordar al cielo que tiene que apretar sus nubes y dejar que se vacíen sobre ellos, pero si el cielo está cerrado, ni los cánticos ni los bailes le llegan y la espera se hace muy larga.

Hoy el padre de Balim, el gran jefe Ralem Udú está muy enfermo y la madre le ha dicho que mientras esté enfermo, el jefe de la tribu es él:

“Mientras tu padre no sane, tú tienes que ser nuestro jefe, el gran jefe Balim Udú, hijo de Ralem Udú y nieto de Arse Udú. Así que, compórtate como debes para que tu pueblo no se sienta defraudado”

Así, con esas palabras, se lo dijo y él las escuchó muy callado y muy serio porque era lo más importante que le había pasado en el mundo, en su mundo, en el mundo de Balim.

Entonces fue corriendo a ponerse el gorro y la capa de gran jefe, había soñado tantas veces ese momento que hasta le temblaban un poco las piernas cuando, con sus dos bracitos menudos pero fuertes, se colocó el gorro sobre su cabeza.

¿Qué pasaba? ¿Qué estaba ocurriendo?

¡El sol se había ocultado! ¡Todo se había vuelto oscuro a su alrededor!

La luz se había ido para dar paso a la más absoluta negrura. Debía ser un suceso mágico, alguna señal que el dios Saar le enviaba por haberse convertido en el gran jefe más joven de todos los tiempos.

Llamó a su madre para que se sintiese orgullosa y contemplase el extraño suceso: “¡Madre, ven! ¡Mira lo que ha pasado! Al ponerme el gorro de gran jefe el sol se ha ocultado para mí ¡”

La madre, cansada de cuidar del padre enfermo y de los dos hermanos pequeños de Balim, sedienta y entristecida como estaba, todavía tuvo un segundo de sonrisa para su hijo:

“¡Ven aquí, anda! ¿Que el sol se ha ocultado? El que te has ocultado eres tú. ¿No ves que el gorro te queda tan grande que te ha tapado toda la cabeza?”

Y retirándolo de la pequeña cabecita de Balim, se hizo de nuevo de día ante el asombro y la desilusión del pequeño.

Bueno, sí, era diminuto al lado de su padre, no le servía el gorro, ni siquiera podía con el peso de la capa (los okapis tienen una piel pesadísima...), vale, pero él era muy fuerte porque mientras otros niños y

mayores de Ampala iban enfermando, él se mantenía firme y estaba dispuesto a demostrarles a todos que podía ser un buen jefe de la tribu.

Desde lo alto de la colina en la que estaba sentado, se preguntó por qué esta vez antes de la falta de lluvia, se había agotado casi por completo el pequeño manantial que otras veces tardaba mucho en secarse.

Su padre le había explicado que sin la lluvia, era lógico que se secasen los ríos, los lagos y los manantiales, pero en otras épocas en las que el cielo se había cerrado, el manantial les había abastecido algún tiempo más, sin embargo, en esta ocasión había algo diferente, el agua dejó de correr de forma repentina, y esto no había ocurrido nunca jamás.

Sin lluvia y sin manantial, los habitantes de Ampala tenían los días contados, el silencio se iría apoderando de la aldea porque los hombres no tenían fuerza para tocar los instrumentos ni las mujeres para bailar, estaban ocupadas atendiendo a los enfermos y entreteniendo a sus hijos con pequeñas migajas de torta reseca porque las provisiones se estaban agotando como nunca antes había sucedido.

El niño miró a su alrededor.

Los últimos rayos de sol se escondían tras la gran montaña. Todo estaba tan seco...

¡Un momento! ¡No! ¡No todo estaba tan seco!

Se puso en pie como movido por un resorte. Sus enormes ojos no podían entender lo que estaban viendo. Se los frotó un poco, tal vez la sed le estuviese haciendo ver lo que no era.

Pero no. Estaba en lo cierto. No todo estaba igual de seco.

Así como la falda de la montaña sobre la que se asentaba su aldea estaba árida y resquebrajada, al otro lado, justo en la zona que alumbraban los últimos rayos de sol, la tierra estaba cubierta de una fina capa verdosa, lo que dejaba clara la presencia de agua que permitiese alimentar la yerba por escasa que fuese.

Algo estaba ocurriendo, algo que sin duda podría explicar el por qué de aquella extraña desaparición del manantial de Ampala, de la sed de sus habitantes, de la enfermedad de su padre y de tantas otras personas.

Tan rápido como le permitían sus piernas, Balim descendió de la colina y casi voló hacia la aldea. Se estaba haciendo de noche y tenía que llegar antes de que oscureciese del todo, sin la luz del sol, era difícil orientarse y aunque él conocía hasta las piedras del camino, prefería estar en la aldea durante la noche, los animales estaban hambrientos y no quería ser presa de ninguno de ellos.

“¡Padre, padre! ¡No vas a creer lo que he visto! ¡No lo vas a creer!”

El silencio en su casa era tan grande que el niño se quedó paralizado.

“No grites, hijo, tu padre necesita descansar, está muy enfermo”

“Pero... tiene que ver lo que yo he visto, es que...hay algo muy importante en la gran montaña”

“Balim, hijo mío, tu padre no puede ni abrir los ojos”

“Pero, madre, tiene que venir conmigo, tiene que acompañarme a la gran montaña, algo está pasando allí”

“Es imposible, hijo, no puede moverse, no debes molestarle”

“¿Es porque no hay agua, verdad? ¿Por eso está tan enfermo todo el mundo?”

La madre solo hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza, a Balim le pareció que no tenía ni fuerza para contestarle, así que salió a la calle para buscar a alguno de sus amigos y contarle lo que había visto, pero no encontró a nadie por lo que entró de nuevo y se acostó sobre la cama de paja en la que siempre dormía.

Muy bien, si nadie tenía fuerza para acompañarle, tendría que ir solo, así que sería mejor descansar un poco porque tenía planes para la mañana.

Con el primer reflejo del nuevo día, el pequeño Balim salió de Ampala en dirección a la montaña, la única montaña en toda la planicie. La miró en busca de lo que había visto al atardecer, pero se sorprendió al darse cuenta de que las cosas no se veían igual desde la aldea que desde la colina en la que había estado la tarde anterior, por eso nadie se había dado cuenta, porque sólo desde arriba y con los rayos del sol ocultándose era posible darse cuenta de que la montaña no estaba igual de seca en todos los sitios, desde Ampala no se veía la zona verde que él había visto, era necesario estar a más altura y fijarse bien para darse cuenta de que algo estaba ocurriendo.

Balim caminaba ligero, tenía que llegar antes de que el sol apretase fuerte y el calor le impidiese andar.

¡Caramba! ¡Sí que estaba lejos aquella montaña! Con lo cerca que se veía desde el poblado...

Cuando las fuerzas empezaban a fallar, Balim se detenía un poco y pensaba en lo que le había dicho su madre, él era ahora el jefe de la tribu, el gran jefe, y no podía decepcionar a su pueblo.

Caminaba otro trecho y volvía a descansar.

“¡Vamos, Balim- se decía- los grandes jefes no se cansan, no se detienen!”

Y cogía impulso para recorrer otros cuantos metros.

Su padre le había enseñado que el esfuerzo tiene recompensa: “Si eres paciente encuentras caza, si eres trabajador tendrás cultivo, si eres valiente, defenderás tu aldea”

Pero también le había dicho: “Si no hay agua, no hay vida”

Así que tenía que ser fuerte y llegar a la parte de la montaña en la que estaba la respuesta a la sequía del manantial.

Los últimos metros fueron los más difíciles, pero aunque no pudo ya correr tanto, logró alcanzar la zona en la que el terreno pasaba de ser árido a ser verde, de estar seco a notarse blando y humedecido.

Escuchó voces y se escondió detrás de unos árboles.

Ser pequeñito también tiene sus ventajas porque cuando sintió que las voces se aproximaban, se agazapó en el hueco que había en el tronco de un árbol y se quedó allí contemplando lo que estaba ocurriendo, sin poder creer lo que veía.

Estaba muy cerca del poblado vecino de Istar, eternos rivales de Ampala. Desde que el mundo era mundo, Istar y Ampala habían competido por la caza, por los frutos de los árboles, por los animales... por todo, y estaba claro que en esta ocasión, lo que habían hecho era competir por el agua.

En época de lluvia nadie le daba importancia al manantial que era suficiente para abastecer a los dos pueblos, pero cuando la sequía hacía presencia, cualquier argucia valía para dejar sin agua a los otros.

Y eso era lo que habían hecho.

Desde el tronco en el que estaba escondido, Balim pudo ver a varios habitantes de Istar que pasaron por delante de él después de haber recogido algunas hortalizas del terreno.

Balim contuvo la respiración, si le encontraban allí lo iba a pasar muy mal, así que esperó a que no hubiese nadie y después, muy lentamente, fue asomando la cabeza para ver lo que estaba ocurriendo.

¡Así que era eso! ¡Menudos tramposos estaban hechos los de Istar!

Valiéndose de trozos de madera y sacos de tierra habían conseguido modificar el curso del agua para que fuese directamente a su poblado, dejando así a Ampala en la más absoluta de las miserias.

No era mucha la cantidad de agua que les llegaba, estaba claro que la falta de lluvia se estaba dejando notar, pero si aquel agua se hubiese repartido como habían hecho otras veces, en su aldea no se estarían muriendo de sed, así que no le quedaba más remedio que poner solución a aquella injusticia antes de que fuese demasiado tarde.

Lo primero que hizo fue beber.

Bebió tanto que escuchaba el ruido del agua al entrar en su estómago vacío.

¡Qué buena estaba! ¡Qué rica sabía aquella agua que venía del corazón de la Tierra!

Cuando sintió que ya había bebido lo suficiente como para recuperar las fuerzas, se puso a trabajar.

Paciente, tenía que ser paciente y valeroso, eso era lo que le habían enseñado y lo tenía que cumplir.

¡Vamos, Balim! ¡Vamos, tú puedes!

Con mucho esfuerzo y teniéndose que detener varias veces, el pequeño gran jefe de Ampala, fue apartando uno a uno los troncos que estaban impidiendo que el agua siguiese su curso natural hacia la parte baja de la montaña.

Balim sudaba por cada poro de su piel, pero no quería darse por vencido. Por cada tronco retirado, un buen trago de agua como recompensa.

Los sacos de tierra iban a ser más difíciles de retirar, pero tenía que intentarlo, es más, tenía que conseguirlo.

“Vamos, eres Balim Udú, hijo de Ralem Udú, nieto de Arse Udú, y hoy, eres el jefe de la tribu de Ampala, no puedes comportarte como un niño pequeño, eres un gran jefe y si todos están tan enfermos que nadie puede ayudarte, tú tienes que conseguir devolver algo de agua a la aldea “.

Así que, apoyando su menuda espalda contra el tronco de un árbol, empujó con los pies el primer saco de arena hasta que logró apartarlo del lugar en el que estaba entorpeciendo el camino del manantial.

“¡Bravo, Balim! ¡Lo has conseguido! ¡Bravo por el gran jefe Balim Udú!”

De la misma manera, con toda la paciencia del mundo, fue poco a poco retirando todos los sacos, y entonces, el agua, como si hubiese recordado el lugar por el que tenía que correr, empezó a deslizarse montaña abajo hacia Ampala, y corrió tan deprisa, que por mucho que Balim quiso alcanzarla, en pocos segundos le había ganado la carrera al niño.

Cuando el pequeño llegó a la aldea, algunas de las mujeres ya se habían dado cuenta de que el manantial volvía a tener agua y se apresuraban a acudir con sus cántaros en la cabeza para llenarlos como tiempo atrás.

El agua que llegaba era poca, no sería suficiente para regar los campos y recuperar los cultivos, pero al menos, podría aliviar la sed de los habitantes de Ampala hasta que el cielo volviese a apretar sus nubes sobre ellos.

“Los vecinos de Istar habían puesto troncos y tierra para quedarse con toda el agua, madre. Y eso no puede ser ¿a que no? ¿A que eso no puede ser? Yo tenía que impedirlo porque soy un gran jefe ¿verdad, madre?”

“¿Esto lo has hecho tú, Balim, mi pequeño Balim?”

El niño sonrió ante la admiración de su madre.

“Puede que tu cabeza sea todavía un poco pequeña para usar el gorro de gran jefe, pero el corazón, que es lo que importa, lo tienes tan grande como el de tu padre y el de todos tus antepasados”

“Cuando mi padre se sane, irá a arreglar cuentas con el jefe de Istar ¿verdad? Porque eso que han hecho no puede hacerse, el agua es de todos ¿verdad, madre?”

Y la madre estrechó a su pequeño en los brazos mientras todos los vecinos acudían al manantial para ver si era cierto que el agua había vuelto a la aldea.

El silencio se fue de Ampala para dejar paso a la alegría habitual en sus calles de tierra.

Balim volvió a jugar con los otros chiquillos y a danzar al son de los bongos hechos con pieles de animales.

El agua, que era la vida, había vuelto.

Algunas veces, le habían contado que en otras partes del mundo había tanta agua que las personas no le daban ningún valor, que no les importaba desperdiciarla o llenarla de basura, pero...

seguramente que eran cuentos inventados por los ancianos del lugar, él no podía creer aquello, esas ideas no cabían en su mundo, en el mundo de Balim.

FIN

EL AZAHAR “ROSARIO DE SEVILLA”

1er PREMIO MODALIDAD RELATO CORTO VI CERTAMEN LITERARIO

Las noches negras del frío, que acuchilla costados y cala capotes en febrero, habían dado lugar a otras en marzo más violáceas y de una templanza extraña.

Apenas apuntaron las claras del día, los cascos de un caballo al paso por la calle Regina, sacaron a Rosario de su duermevela. Cubrió su camisa de dormir con una toquilla de lana y encendió una candileja de aceite. Cuando descorría el cerrojo de la puerta del zaguán, el sonido de los cascos ya se perdía en el silencio a la vuelta de la calle Viriato. Cogió los dos sacos de loneta de la pequeña estancia y los pasó al interior de la vivienda. Su aroma fresco de vapor de cítrico traspasaba incluso la gruesa tela percudida: eran las primeras flores de azahar del año, que a orillas del río Guadalquivir hacían, entre otros, la temporada de los apicultores con su famosa miel de naranja

La casa no era muy grande. Tras el zaguán, una sala oblonga con una escalera que ascendía hasta la planta superior, y tras ésta, otra aún mayor que hacía las veces de cocina y de laboratorio. Llevó hasta ella los sacos de uno en uno. Con el segundo aún asido por el cuello, colgó el candil encima de dos grandes lebrillos vidriados, los cuales lo mismo servían para bañar a una joven virgen, de las que preparaba para contraer nupcias, que para lavar en una y aclarar en la otra sus ropas viejas de mujer anciana, lebrillos, como era el caso, que se llenaban de agua fresca del pozo que había en un costado del patio trasero, para dejar las flores hasta la próxima madrugada en maceración.

Soltó las lazadas de los sacos y fue rellenando una artesa de madera sobre una mesa de castaño alargada. Con un rodillo de amasar aplastaba las flores hasta dejarlas trituradas y amalgamadas en una pasta de aroma intensísimo que echó una y otra vez en los lebrillos y, tras remover las aguas con un cucharón de madera, bañada en sudor descolgó el candil y volvió buscando las escaleras que conducían hasta la habitación en la que jergón y baúl, mesita y palanganero eran todo su mobiliario.

Al salir a la sala y bajo la escalera, la llama se reflejó en múltiples destellos azules sobre las botellas en las que acabaría envasado aquel milagro de probada solvencia. Eran las botellas de un cuartillo para el agua de azahar.

Los cuchicheos de la calle y un vendedor vocinglero acabaron de espabilar a Rosario. Se aseó la cara y cepilló su pelo con agua de limón para recogerse luego sobre la nunca. Vestida de calle bajó hasta la cocina y removió el agua de los lebrillos. Incluso previa a la destilación, el aroma era embriagador. Tomó de la fresquera una olla de barro con leche de cabra, y antes de salir a Sevilla se sirvió una escudilla con pan migado.

Se echó a la calle con la misma determinación que llevaba haciéndolo desde hacía casi cincuenta años. Solía atribuir ante boticarios y galenos, que la toma en ayunas de dos cucharaditas de agua de azahar y otras dos al acostarse, serenaban el espíritu, restablecían de astenias, devolviendo la vitalidad como era su caso, y ayudaban a conciliar el sueño remediando desvelos, junto a otros mil beneficios que provenían de la razón y experiencia de médicos de la antigua Persia durante siglos.

Asida a un capazo de rafia, trazó mentalmente la ruta de las boticas que pensaba visitar aquella mañana. La de la calle de las Dueñas, en la que Don José Ramales, a pesar de que en otro tiempo, sobrepasada ya la cuarentena de ella, le pidiera amoríos clandestinos, que ella nunca aceptó, era sin duda su mejor cliente. La de San Hermenegildo: espléndido local que marchaba viento en popa. La pequeña botica de la calle Lira, en la que sobre todo gastaban botellas de agua de azahar endilgándose a las jóvenes que, a deshoras, pasaban por allí a deshacer alguna fruta no querida de la pasión, y que solían salir abatidas las más de las veces, cuando no asustadas y pálidas, como alba sacerdotal. Su último destino ese día sería Don Ramón Olmo, afamado médico cirujano quien en la calle Sol tenía una consulta de postín, con recepcionista y todo, y que acostumbraba, para contrariedad de los boticarios de la plaza, a servir diagnósticos y remedios en el mismo lote. Con la paga y señal que tomaría para afianzar los pedidos, pasaría finalmente por el mercado de la Alfalfa a comprar un buen capón para hacer en pepitoria, y así lo hizo.

Del palacio de Las Dueñas salió Doña Ana Ruiz cerca de la una de la tarde. Su intención no llegaba más allá de comprar un trozo de panceta para freírla con huevos y patatas para la comida, un pan de a kilo de la tahona de Martín al que por su barba pelirroja todos conocían por el escocés, y acaso unas yemas de San Leandro para merendar. A sus niños Manuel y Antonio les encantaban.

Callejeando bajó primero hasta el convento en San Ildefonso, y con su caja de yemas se encaminó hasta la Alfalfa en busca del tocino veteado. Fue al salir de la tienda, recolocando el paquete en la cesta de mimbre, cuando casi tropezó con una anciana que hecha un ovillo en el suelo se quejaba lastimeramente.

-Por Dios señora ¿qué le ha ocurrido?

La mujer se incorporó hasta quedar sentada en el suelo, y con la mirada vidriosa todavía acertó a decir.

-Un muchacho, que me ha querido robar el capazo.- Todavía abrazaba el bolsón contra su pecho como si en él llevara el mayor de los tesoros.

-Pues ya se ve que no lo ha conseguido. Espere un momento que entro en la carnicería por un poco de agua. No se mueva.

Doña Ana salió disparada hacia el interior del comercio, y al momento salió con un jarrillo de lata aún goteando.

-Tome, le hará bien. Además, ¿ya se va pasando el susto verdad?

-Se lo agradezco –rechazó Rosario con un poco más de energía y arguyó con la comerciante que llevaba dentro- -Tal vez si hubiera sido un poco de agua de azahar. Usted no sabe bien lo buena que es. ¿Me ayuda a levantarme?

-¿Quiere usted que la acompañe hasta su casa? ¿Dónde vive?

-En Regina. Se lo agradeceré mucho. Pero ¿no le pillaré a trasmano?

-En absoluto. Vivo en las casas del palacio de las Dueñas. Devuelvo el jarrillo y nos vamos.

Al salir se encontró a la mujer revisado el interior del capazo; el capón y el monedero de piel donde guardaba las señales de los pedidos parecían no haber sufrido desperfecto alguno. De vuelta, paseando despacio y hablando de las maravillas de ultramar la una y de sus clientes la otra, llegaron hasta la tahona del escocés. Allí Doña Ana compro su pan de a kilo, y la anciana un chusco moreno. Antes de salir y con el ánimo ya más repuesto le preguntó a aquel barba roja gordinflón.

-¿Alguna vez ha probado a echarle una botellita de agua de azahar en la masa? No habrá comido un pan más delicioso en su vida. Pasado mañana, si quiere, le traeré una para que haga la prueba. Se la pienso regalar, no se apure. En París, y usted sabe que los franceses son famosos por los buenos panes que hacen, no hay masa que no lleve agua de azahar como la mía, por algo será.

El panadero se limitó a asentir con la cabeza sin mucha convicción, mientras despachaba al resto de las parroquianas, que daban su parecer sobre la propuesta de la mujer. Cuando salieron de la tahona ya se habían establecido el grupo de las partidarias de asumir una costumbre, que parecía provenir de la Francia de la Tercera recién instaurada República, sin duda adalid de modernidad, y el otro, nutrido de las tradicionalistas defensoras del pan de toda la vida y de las costumbres de una España como Dios manda.

-Ha sido muy amable al acompañarme, -comentó Rosario frente a su puerta-. Mañana si no le parece mal, pasaré por el palacio a llevarle a usted y a su familia, unas botellas de agua de azahar. En esta humilde casa que usted ve, hago la mejor agua de azahar de todo Sevilla.

-No se moleste. No me ha costado nada venir, ya ve que somos casi vecinas.

-Iré, como me llamo Rosario Velázquez. De bien nacidos es ser agradecidos me enseñó mi madre. Vaya usted con Dios, Ana. Hasta mañana.

Durante el escaso trayecto que había hasta el Palacio de las Dueñas, Doña Ana no cesó de preguntarse cómo se haría aquel famoso bebedizo de agua de azahar, que recordaba haber tomado alguna vez de niña y cuyo peculiar sabor resultaba de todo punto muy agradable.

Rosario preparó el capón sofriendo los trozos en aceite con varias hortalizas del huertecillo que cultivaba tras su casa. Ajo, cebolla, pimientos y tomates acompañaron las piezas de carne, luego un par de calabacines al final, y un vaso de vino blanco. Cuando todo estuvo bien dorado incorporó media botella de agua de azahar de la temporada pasada y otro poco más de agua del pozo: esa agua fresca y casi dulce, que tenía fama de ser de las mejores venas de Sevilla, y que ella bien ponderaba como la que le gustaba tomar al mismo emperador Trajano siglos atrás. Comió hasta quedar satisfecha y se despachó el resto del vino blanco traído de las bodegas de Rociana. Subió dispuesta a echarse una buena siesta, que preparase sus huesos para una larga noche de destilación. La digestión y el vino apenas si dieron tiempo a la mujer para pensar mucho, antes de caer dormida profundamente. Entre sueños había creído escuchar un reloj dar las campanadas de las ocho, aunque fueron los insistentes golpes del llamador de la puerta del zaguán los que la espabilaron.

-¡Ya va!, ¡ya va!

Al abrir, en principio no vio a nadie. Enseguida se dio cuenta de que, pegada a la pared, había una niña de no más de seis o siete años. Sus rizos rubicundos recogidos hacia atrás con una diadema de carey, enmarcaban una cara ovalada y en la que se adivinaban las pecas bajo unos ojos claros, esquivos y vergonzosos pero de mirada viva. Sus manos cogidas a la espalda mostraban modales de buena educación y como no rompía a hablar, Rosario preguntó amable.

-¿Te has perdido pequeña?

-No señora –respondió al fin tímida la niña.

-¿Vienes entonces a mi casa por algo?

-Si señora. A mi madre le ha dado un mareo. Mi vecina Doña Ana se ha quedado con ella, Mi padre está en América. Ella me ha mandado venir a pedirle una botella de agua porque en la botica de mi calle ya no quedan. -Explicó atropelladamente.

-¿De agua de azahar?

-Eso, de azahar. Me ha dicho que mañana se la paga. - Concluyó bajando la voz y retorciéndose un poco incómoda.

Rosario hizo un gesto con la mano para que aguardase un momento. Salió enseguida, envolviendo una botella azul en papel de estraza y se la tendió a la niña.

-¿Cómo te llamas?

-Brígida señora.

-Toma Brígida. Llévala con mucho cuidado y dile a tu vecina que no es nada, que mañana pasaré a verla y a llevarle alguna más. Esta es la última y hasta mañana no tendré otras nuevas.

Salió corriendo con la botella abrazada y Rosario se quedó mirando bajo el umbral hasta que volvió la esquina de la calle rumbo al palacio de las Dueñas. Cerró la puerta tras de sí y, ya en la cocina, encendió un farol de aceite bien potente. Tenía una larga noche por delante cargada de ritual, y parte de éste lo ofrecía la buena iluminación de una pared de la estancia, y el hacerlo durante la noche, de otra. Llenó con picón un enorme brasero de cobre que puso en un lado de la cocina. Hizo con la badila un hoyo en el centro y lo llenó de paja. Prendió con yesca la paja y ayudada de un fuelle sopló sobre el carbón hasta que éste quedó bien encendido. Lo tapó con una lata circular llena de agujeros y del puchero del capón se sirvió un par de tajadas de la pechuga. Un reloj dio a lo lejos las diez y, para entonces, Rosario había dado buena cuenta ya de la cena y ponía sobre el brasero, ahora destapado y al rojo vivo, una trébede de patas bajas. En una esquina de la estancia quitó la sábana con la que tapaba un curioso artilugio fabricado en cobre brillante. Cogió primero una gran vasija panzuda con asas de broce y la colocó con esfuerzo sobre el trébede. A continuación, con un cubo pequeño de madera fue sacando el agua con flores de azahar trituradas hasta vaciar los dos lebrillos, echándola en la vasija hasta casi enrasar el cuello. Cogió a continuación una tapadera que ajustaba a rosca sobre la vasija y la giró sobre sí misma hasta que quedó bien apretada. Sobre su cúspide roscó ahora un serpentín que adelgazaba según se alejaba de la boca, hasta comenzar a dar vueltas en forma helicoidal. Esta parte quedó dentro de uno de los lebrillos y su extremo caía intencionadamente sobre una banqueta de madera de pintura

raída, encima de la cual esperaba la primera botella. Llenó el lebrillo con agua fresca del pozo hasta cubrir el serpentín y se sentó paciente a esperar el comienzo de la alquimia.

Para las seis de la mañana las últimas botellas, hasta completar ciento veinte, ya estaban llenas y colocadas sobre la alargada mesa. De un cajón fue cogiendo corchos que colocó sobre los golletes y luego, con una maza de madera, los encajó hasta el borde. Desmontó del artilugio la parte del serpentín templada y cogió por las asas de bronce la vasija, con las manos envueltas en trapos, y lo arrinconó todo en su lugar habitual. Por dentro del trébede y sobre el rescoldo ya casi vencido colocó una sartén con lacre rojo en lascas, que enseguida perdió su aspecto sólido. Con una cucharilla de plata roció cada superficie de corcho de los tapones. Eran casi las ocho, había amanecido y Rosario subió con un cubo de cinc que temple al picón hasta su habitación. Se aseó y con ropas limpias bajó de nuevo a comprar un litro de leche de cabra para el desayuno. A su vuelta miró las botellas de reajo desde el pie de la escalera, cogió tres, las puso en el capazo y salió a la calle. Una temporada más el milagro del agua de azahar había tomado cuerpo.

Los portones del palacio de Las Dueñas permanecían abiertos cuando llegó Rosario. Sin duda una buena parte de sus habitantes, todos provenientes de familias que allí vivían de alquiler, rumbo a sus trabajos extramuros, habían abandonado ya sus estancias. Cruzó el huerto de limoneros luneros, de los que cada mes florecen y cuajan nuevos frutos amarillos tersos y brillantes. Rodeó una fuentecilla de piedra blanca y se dirigió bajo los arcos del fondo hasta un anciano que, sentado a horcajadas sobre una silla de enea, liaba un cigarro con los antebrazos apoyados sobre el respaldo.

-Buenos días.

-Buenos nos de Dios. –El abuelo contestó sin apartar los ojos de la labor.

-¿Sabría usted decirme dónde vive Doña Ana Ruiz?

Con un gesto de la cara, mientras pasaba la lengua por el borde del papel, señaló la puerta del rincón.

-Los Machado viven allí, en la puerta cinco.

Golpeó con un discreto llamador circular un par de veces y enseguida abrió un chiquillo de ojos oscuros y mirada penetrante. Tras él apareció Doña Ana con cara de preocupación.

-¡Manuel! -Voceó- date prisa, o llegaréis tarde a la escuela.

Del interior de la casa salió otro chiquillo algo mayor y, disparados los dos niños, atravesaron el patio hasta perderse por la puerta del palacio.

-Rosario, buenos días. ¿Qué la trae por aquí tan temprano?

-Cumplir con mi compromiso. Le traigo tres botellitas de agua de azahar recién hecha. Usted se portó ayer muy bien conmigo, y yo no puedo por menos que corresponder.

-Bueno, bueno, muchísimas gracias. ¿Al menos la botella que se trajo anoche Brigidilla me la cobrará, verdad?

-Ni hablar Ana. Por cierto ¿Cómo está la madre de la niña?

-Pase y le cuento. ¿Me aceptará quizás un dulce de yema?

Entraron en la vivienda cruzando un recibidor amplio y con varios oleos colgados de las paredes. A la derecha, la puerta entreabierta descubría una estancia bien soleada, con una mesa de despacho y una librería atestada. Era una casa de techos muy altos, como era costumbre en las edificaciones antiguas, con artesonado de vigas oscuras y bóvedas blanqueadas entre cada una de ellas. El pasillo, tan ancho como una habitación cualquiera, desembocó en una cocina que, en su cerramiento posterior, tenía unos grandes ventanales que descubrían otro huerto de naranjos, higueras y laureles en la parte de atrás.

-Siéntese -Ofreció la anfitriona- que enseguida saco el dulce. Rosario se atusó el cabello blanco, como si buscara encontrar alguno fuera de las horquillas. Veía de espaldas a la dueña de la casa hurgando en una alhacena de puertas de celosía y algo le decía que allí había algo más que dulces. Por fin Doña Ana le tendió la caja y se sentó a su lado.

-Josefina es la madre de la niña. Su marido está en Santiago de Cuba, va para dos años ya. Él manda dinero desde allí cada dos meses. Se casaron hace diez años y el Señor retrasó la llegada de la niña. Ya pensaban que los hijos no colmarían su matrimonio cuando vino Brígida. La hemos visto nacer, tan rubia, tan pequeña. Entonces la madre no tuvo ojos más que para la pequeña y pareció olvidar a su esposo, funcionario, quien acabó pidiendo el traslado a Cuba por ver si la distancia revivía, o mataba para siempre el amor de su esposa.

Doña Ana hablaba con voz queda, como dando vueltas alrededor de un núcleo, como buscando la justificación de algo todavía no dicho, pero que a Rosario se le iba desvelando, a medida que su contortada trazaba círculos con las manos mientras hablaba.

-Coja una yema, Rosario, ya verá que son exquisitas-. La mujer cogió el dulce y refugió en él su mirada. Tratava con ello de facilitar el desenlace del caso.

-Josefina cree que puede estar preñada. –Soltó de repente Doña Ana.

Rosario trago el bocado de yema sin apenas paladearlo. Abrió mucho los ojos y apretó los labios hasta que perdieron su aspecto azulado y se pusieron blancos.

-Me temo que con agua de azahar no se soluciona. ¿Ella que piensa?

-Está aterrada. Figúrese el escándalo. No sabe qué hacer, o sí, pero no sabe cómo, ni dónde.

-No me diga más. ¿Usted se pregunta si yo conozco algún lugar en Sevilla para, digamos, resolver situaciones indeseadas?

Doña Ana se había levantado para caminar despacio hasta el ventanal. Mantenía la mirada perdida en algún punto sobre las copas de los laureles. Se volvió hacia su invitada con los ojos húmedos, esperando una respuesta.

-Conozco el sitio. ¿De cuántas faltas está?

-De dos, creo. ¿Quiere que hablemos con ella? Espéreme aquí un instante que voy a buscarla, y coja otra yema.

Cuando salió del palacio eran casi las doce. Se sentía empachada de dulces y amargura. El relato de Josefina había entristecido tanto su corazón, que no podía hacer otra cosa que ayudar en lo que pudiera a aquella buena mujer, a la que se le había terminado el amor por su marido, pero al que necesitaba irremisiblemente para poder seguir subsistiendo. Mantener la correspondencia, simulando volutas de un cariño inexistente y recibiendo a cambio el estipendio que a ella y a su hija les permitiera seguir viviendo, era la piedra de bóveda. Un frutero de la plaza de La Encarnación, también casado, con el amor igualmente extraviado, había hecho el resto.

Encaminó sus pasos apresurados a la calle Lira. La encontró desierta ya desde Hiniesta y bordeó la manzana por la izquierda hasta la parte de atrás. De la puerta entreabierta salieron dos mujeres, madre e hija seguramente. La más joven cogida del brazo de la mayor y de mal semblante, ésta portando en su mano una botellita azul inconfundible de agua de azahar. De la rebotica apareció Doña Julia secándose las manos, cara macilenta y aspecto de boticaria cansada.

-Buenas –acortó Rosario.

-Buenos días nos de Dios. ¿Habíamos quedado mañana verdad?

-Sí, pero vengo por otra cosa.

-Usted dirá entonces.

-Hay una muchacha; la he conocido hoy mismo y necesita unas manos expertas como las tuyas.

-¿De cuantas faltas está?

-De dos, parece ser. Ya tiene una niña y dice que no puede asumir otro hijo.

-Bien sabe que nunca pregunto. Sólo hago mi trabajo dignamente, con mucha higiene y con mayor discreción.

-Otra cosa. Hasta final de mes no recibirá dinero para poder pagarle.

La mujer torció el gesto, se secó, con la manga de la bata blanca y recién puesta, el sudor de la frente, y puso cara de, es mucho lo que me juego para no cobrar por adelantado. Antes de darle tiempo a que dijera que no, Rosario intervino

-Pero no se preocupe. No me liquide el envío de botellas de mañana hasta que ella no pague la faena y todos tan amigos.

-De acuerdo, le diré lo que haremos. Mañana, cuando venga el Juanes con las botellas, que las descargue ahí mismo entre el mostrador y la entrada. El porte será por cuenta de usted y me va a traer sin cargo cinco unidades. Usted mira por sus amistades y yo por mi negocio. Al rato me trae a la muchacha, cerramos la puerta y en paz ¿de acuerdo?

Rosario se mordió el labio inferior e impostó una mueca de aceptación. Salió de la calle Lira como alma que lleva el diablo. El aire le quemaba el pecho al entrar y salir, entre rápidas inspiraciones y toses. Pasó por la Encarnación, donde estaban troteros y carreros esperando un encargo. Allí acordó con el Juanes el porte del día siguiente y convino con él que, no más tarde de las nueve, pasara por su casa a por las botellas. Bajó por Regina y torció rumbo al palacio de las Dueñas buscando la casa de los Machado.

Las claras del día trajeron rítmicos los cascos de una caballería acercándose hasta la puerta de Rosario. Esta vez ya esperaba vestida en el zaguán y enseguida abrió la puerta de la calle, mientras el labriego desataba los sacos de loneta de los lomos del caballo.

-Buenos días –susurró ella-.

El hombre, cercano a los cincuenta, contestó con una inclinación de cabeza. La colilla colgando del labio y su gorrilla de pana gruesa, le daban un aspecto inofensivo.

-Pasado mañana, cuando vuelva, le pagaré los seis sacos. Mitad en dinero, mitad en botellas, como acordamos. Acuérdesese de traer unos serones para poder llevarlas.

Repitió de idéntica manera la operación de la madrugada anterior. Todo en su sitio, los lebrillos llenos de agua, las flores de azahar trituradas y sumergidas y ella con una opresión en el pecho que le robaba el aire, Por fin se dispuso a beberse la leche que le quedaba en la fresquera. Antes de salir recordó que tenía que esperar al Juanes y volvió sobre sus pasos a esperar en la cocina. La cabeza iba más deprisa que el paso del tiempo y el hecho de haberse olvidado del envío de las botellas habría dado al traste con sus planes de aquella mañana. Inquieta, preparó luego la mercancía del envío en el zaguán, y acabó paseando la cocina arriba y abajo, apiló una nueva remesa de botellas azules para el trabajo de la noche, removió el agua de los lebrillos varias veces, salió al huertecillo, sacó algunos cubos de agua y regó sus hortalizas. Esperaba inquieta que tocaran su puerta y la llamada por fin se produjo.

-No se entretenga Juanes. Llévelo rápido que Doña Julia está esperando.

Este, socarrón y a modo de despedida, respondió con una pregunta.

-¿Es que se las van a comprar todas esta mañana?

La opresión del pecho de Rosario se justificó cuando, tras dos interminables horas, la boticaria apareció con el rostro desencajado por la puerta de la rebotica. Alguna salpicadura de sangre moteaba su cara, pero manos, antebrazos, pecho y vientre de su bata, parecían la paleta de un pintor de batallas de las de sable y espada.

-La chica no para de sangrar. Vaya a avisar al doctor Olmo. Ya no sé que más hacer, y no recupera el conocimiento.

Rosario se volvió hacia la puerta como movida por un resorte. En su arranque rumbo a la salida, golpeó la formación de botellas que el carretero había traído aquella mañana desde su casa. A su espalda la imagen de las botellas esparcidas por el suelo, algunas rotas, y el intenso aroma del agua de azahar, mezclado con el ferroso de la sangre.

No hay entierro que no sea triste en el cementerio de San Fernando. Aquel lo fue además porque tras el carro fúnebre andaban tan sólo dos mujeres y una niña cogida de las manos de ambas. A sus espaldas, el silencio angustioso y negro, como las ropas que vestían, y a una cincuentena de metros,

un hombre con un sombrero de paja entre las manos y la mirada clavada en el cortejo. Por delante y sobre el carro, un humilde féretro, un cochero y un mozo sobre el pescante que parecían tan irreales como el resto de la escena. A la vuelta ninguna dijo una sola palabra hasta cruzar bajo el arco de la Macarena, y lo hizo la niña, con una rotundidad infantil.

-¿Ahora con quién voy a vivir?

La pregunta no cogió ni mucho menos desprevenidas a las mujeres, que ya habían pensado sobre el asunto, cada una a su manera, Doña Ana se detuvo e izó a Brígida hasta abrazarla muy fuerte.

-Te vas a venir a mi casa, pequeña. Hay una habitación libre y mi Manolín y mi Antoñito juegan contigo como si fueras una hermana para ellos. Escribiremos a tu padre para prohijarte.

-¿Y por qué no le piden a mi padre que venga a por mí?

Rosario lo vio claro en el mismo momento en el que la niña dejaba en el aire su pregunta. A esas alturas ya conocía que Eustaquio Argüeso, sobrino nieto de León Argüeso, al que el Ministerio de la Gobernación le concediera la Gran Cruz de Benefecencia y la prebenda de colocar a Eustaquio en la Cámara de Comercio Sevillana, hacía las veces de agregado comercial en la Cámara de Santiago de Cuba

-¿Tú querrías que yo te llevara a Cuba con tu papá? En cuanto se terminen las flores de azahar, lo que me queda es destilar aguardiente para las tabernas, y eso nunca me va a faltar.

Aquella carita de rizos rubicundos asintió con una media sonrisa que devolvió a la anciana la paz perdida por la culpa. Ella, que nunca había salido de Sevilla, a sus años estaba dispuesta a que su vida cambiara sin saber hasta que término, con tal de remediar la desgracia de la niña.

-Es usted una mujer –aseguró Doña Ana- de las que ya no quedan.

-Soy vieja, no tengo nadie a quien darle cuentas, y con las cosas que usted me contó de ultramar, no crea que no me engatusó sin saberlo. Además, mi viaje, que será de todas las maneras, si cuadra, servirá para establecer comercio con Santiago a través del padre de Brígida, y mientras yo viva y no falten

las botellas de agua de azahar, la niña tendrá una renta procedente de la venta de cada una de ellas en Cuba.

Los días que siguieron al luctuoso suceso fueron febriles. Ana Díaz, con el asesoramiento de su esposo, se encargó de preparar las correspondencias explicando a Eustaquio lo ocurrido, y las intenciones comerciales de Rosario y, por supuesto, las de llevar junto a él a la niña. Por su parte, Rosario producía cada dos días ciento veinte nuevas botellas del agua de azahar, la mejor perfumada de los últimos años por cierto. Para el final de la temporada de las flores, se acumulaban en su casa un total de mil cuatrocientas cuarenta. Allá por donde fuera Rosario de madrugada, los destellos azulados de las botellas devolvían a la mujer el brillo del éxito que habría de esperarla allende los mares y, sobre todo, la paz de dejar a Brigidilla en brazos de su padre.

Seis semanas tardó en llegar la respuesta de Eustaquio Argüeso. Agradecía en ella los desvelos presentes por su hija, por los cuidados tenidos con su esposa ante aquellas malas hemorragias, de origen desconocido, según rezaba en el parte médico del Doctor del Olmo, que incluyeron en la misiva, y algo que festejó Rosario con sincera alegría: La carta incluía una autorización a nombre de Rosario Velázquez Losada para que viajara en compañía de su hija Brígida Argüeso hasta Cuba. Además, incluía un pagaré al cobro por importe del billete de ambas y con otra suma para los gastos. Junto con lo anterior, un escrito explicando pormenorizadamente, cómo y con quién contratar el flete de la mercancía, y anunciaba tener ya todos los trámites preparados para el despacho, una vez llegadas a Santiago de Cuba.

Fue un cuatro de mayo de mil ochocientos ochenta y dos, cuando Rosario y Brígida embarcaron rumbo a Cádiz, en el correo que zarpaba semanalmente desde el recién reformado Muelle de la Sal sevillano. Soltaron amarras mientras el reloj del Altozano daba las ocho, justo al comienzo de la bajamar que ayudaría en la navegación fluvial. Para entonces la niña llamaba abuela a Rosario, y esta, complacida, satisfacía sus caprichos tal cual si en realidad fuera la nieta que nunca tuvo.

En las bodegas de la embarcación, mil cuatrocientas veintiocho botellas de un cuartillo, con el futuro en forma de agua de azahar, de la marca Rosario de Sevilla, con la que, por indicación de Eustaquio, mandó etiquetar todas las botellas. Debían hacer dos noches en la republicana ciudad gaditana

hasta embarcarse definitivamente en el carguero Nueva Esperanza. La docena de botellas que le faltaba a la expedición se la regaló a Doña Ana Ruiz, para mitigarle sofocos venideros de los que la vida no priva a nadie.

La última botella de aquel pequeño lote, había dejado escrito su hijo Antonio, que fuera introducida con el cuerpo, a la muerte de Doña Ana, y así fue hecho en Colliure casi doce lustros después, en una Francia famosa por sus panes con sabor a agua de azahar.

EL LADRÓN DE ALMAS

2º PREMIO MODALIDAD RELATO CORTO VI CERTAMEN LITERARIO

Mis padres siempre sospecharon que mi hermana era una chica ligera de cascos, proclive a los desvaríos del corazón e intoxicada por el aroma, para ellos marchito, de las causas perdidas. Tal vez en su consideración influyó su peregrinaje laboral y que, tras haber recorrido medio mundo, no hubiese dado con un marido solvente. Silvia volvía a visitarnos de cuando en cuando, en periodos fugaces, pero su llegada, siempre intempestiva, sacaba a la luz lo peor de mi familia: como si su presencia (que tenía algo de carnal y retadora) evocase en mis padres la magnitud de su fracaso.

La última vez que apareció por casa era otoño y su llegada coincidió, seguro que por azar, con la onomástica de mi padre. Se presentó como solía sin previo aviso y, tras abrir la puerta del chalé (los dos en posición de firmes, como sendos ujieres bajo el umbral de un templo), mis padres vieron con sorpresa que venía acompañada.

- Os presento a mi esposo –declaró candorosamente, lo que sumió a mis progenitores en un desconcierto absoluto.

Sergio Arbeloa Santini, pues así se llamaba el consorte de Silvia, era un argentino locuaz, que había venido al mundo, según sus propias palabras, en una aldea de Tucumán. Nunca supe qué había visto mi hermana en él y cuando hizo las presentaciones –los dos con sus mochilas piltrosas, como si hubiesen pasado la noche en un zoo-, mi madre sofocó un grito hostil y mi padre, que estrenaba marcapasos, se golpeó el pecho dramáticamente.

- ¡Tu hija me fulminará! –exclamó desapareciendo en el interior de su *scriptorium*.

Santini y mi hermana no parecieron sentirse aludidos y, después de ocupar el baño durante horas, bajaron a comer con un apetito voraz. Mi madre, que intentaba conservar la calma, los miró como si hubiesen venido de Venus.

- Suculento el pavo, señora, macanudo...—profirió Santini mientras se despejaba el rostro de migas.

Sentado frente a mí, con sus anteojos grasientos, irradiaba algo parecido a la felicidad, aunque tuviese las ínfulas de un mentecato.

- Como les decía —agregó sin venir a cuento—, soy grabador de sonidos.

Mi madre, que no salía de su asombro, quiso concretar de qué nos hablaba.

- ¿Trabaja en la tele?

- No; en absoluto —le replicó—. Me dedico a captar sonidos inaprehensibles... para ser más precisos, *los sonidos del alma*.

Aquello nos dejó con la boca abierta, mientras él, precisamente, afianzaba la suya en una patata cocida.

- ¿Cómo ha dicho?

- En fin, ya tendrán oportunidad de confirmar mis palabras —zanjó con tono misterioso y, sin más detalles, se zampó el último panecillo de sésamo que rodaba por la mesa.

Pernoctaron en casa veinte noches, tantas como las pasadas por Silvia en los últimos seis años y no hubo ni una sola, atrincherados en su habitación, en que no dejaran de soltar jadeos. Mi padre y yo lanzábamos miradas coléricas a Santini (sobre todo al alba, cuando, perezoso y perfumado, salía del baño con la toalla al hombro), pero éste, ebrio de lociones y de talco perfumado, no parecía inmutarse. Ni siquiera cuando, a requerimiento de mi padre, sacó de la mochila un objeto extraño, un botellín de cristal tallado que parecía contener agua.

- Con esto consigo despertar a las almas —proclamó en medio del salón.

Mi padre abrió los ojos desmesuradamente y, a favor de obra, le lanzó una pregunta poco amistosa:

- ¿Agua? ¿Qué diablos piensa hacer con eso, Santini?

- ¡No es un agua cualquiera! ¡Es agua de un glaciar patagónico! ¡El glaciar más antiguo y venerable del mundo! Pero ya lo verá usted, querido suegro, ya lo verá...

No sé qué enfureció más a mi padre, si el gesto pomposo de Santini o que le nombrase suegro, pero de no ser por la intercesión de mi madre -que sentía debilidad por los tangos-, es posible que mi padre -entre otras cosas porque Santini detestaba a Gardel- lo hubiese expulsado por las bravas de casa.

- ¡Este hombre me exaspera! –exclamó camino de su *scriptorium*.

Pero Santini se desenvolvía como un fantasma (sólo aparecía para comer) y cuando le preguntábamos a Silvia qué hacía, se limitaba a encogerse de hombros.

- Por ahí andará, por ahí andará... -salmodiaba con negligencia.

Lo cierto es que Santini seguía a lo suyo, exprimiendo las horas con un frenesí despegado e irreal. Me dio por vigilar sus pasos, normalmente al atardecer, cuando merodeaba por el barrio con su mochila al hombro. Sorprendía su expresión hermética y concentrada, como esa que apresa a los botánicos cuando, armados con una red, buscan sin respiro mariposas tropicales.

Las actividades de Santini suscitaron, como era previsible, murmullos en el barrio. Se acabó por organizar un comité parroquial, similar a esos que protagonizan, en las escenas de linchamientos, los colonos del oeste. Congregados en mi casa, escupiendo reproches, los vecinos presionaron a mi padre para que adoptase medidas urgentes.

- No se inquieten, lo resolveré –prometió él con voz temblorosa.

Santini pasó por alto el compló y continuó impasible con su actitud merodeante: se le veía por los porches, subido a cubos de basura, encaramado a frutales que, tétricamente, rozaban con sus ramas los postigos de las casas. Parecía seguir un protocolo inofensivo, hasta que un día, sin motivo aparente, entró en la residencia de ancianos. Parece que lo estoy viendo, orondo y feliz, entre seres pálidos que

respiraban con una somnolencia bronquial: los pulgares afincados en su chaleco entallado, hablando y sonriendo como un predicador.

- Señoras y señores –dijo solemnemente-, permitan que me presente y agradezca la atención que me están brindando.

Lleno de luz, mientras bebía un vermú con soda, Santini ensayó la mejor de sus sonrisas. Realmente, a pesar de sus gafas mugrientas, parecía un charlatán honorable. Al menos así lo interpretaron el director del geriátrico y la mayoría de sus clientes. Santini no tardó en hablar de su orfandad prematura y de cómo, siendo niño, había rodado por hospicios infames. Eso le dio pie para desplegar, junto a sus dotes de orador, una semblanza insólita: “He compartido cama –resumió alzando las cejas- con cuáqueros y tuaregs, y he dormido, sin más arma que un puñal, en una jungla de tigres”. Evocó luego ciudades fantásticas y aseguró haber cruzado, rodeado de alacranes, desiertos evangélicos. Finalmente enmudeció unos segundos y, tras un leve carraspeo, hipnotizó a la concurrencia: “Ahora estoy rodeado de hombres y mujeres piadosos, para mostrarles el fruto de mis viajes... Un inesperado regalo, que deseo compartir con ustedes”.

Esas fueron las palabras de Santini, moduladas con voz resonante, mientras concitaba, en aquella tarde otoñal, una expectación fabulosa. Su discurso resucitaba peripecias que, siendo inverosímiles, tejían una liturgia memorable. Sólo yo, oculto en la penumbra, le hice una pregunta destemplada.

- De qué se trata –inquirí disimulando la voz.

Santini, sin sospechar de quién se trataba, inclinó la cabeza y, acucillándose levemente, abrió su maletín.

- Voilà! –exclamó, y apareció en sus manos el nombrado botellín de agua. Un ooh espontáneo brotó de los gaznates de los viejos, empujando hacia el fondo sus dentaduras postizas. Acto seguido se oyó una salva de aplausos y Santini, como un prestidigitador, dio testimonio de su gratitud. Sus ojos porcinos fulgían de placer, oscilando en sus córneas con expresión teatral.

- Esto que ven aquí –aclaró entonces-, este líquido de apariencia simple y austera es, no obstante, un milagro singular: con él, queridos amigos, *podrán oír todos sus recuerdos...* han entendido bien, TODOS SUS RECUERDOS. ¿No es, para quienes han cruzado el umbral de la vejez (por otra parte, tan venerable), una potencia dulce y maravillosa? ¿Evocar las estaciones antiguas, recobrar, sea por un instante, la gloriosa tensión de la juventud...? He recorrido miles de kilómetros sin saber de su existencia, hasta que en el corazón de La Patagonia otro anciano como ustedes me iluminó el camino: era un erudito, un hombre de ciencia, que dedicó su vida a buscar este portento. El azar hizo que me lo confiara en su lecho de muerte, temiendo que se convirtiese en una mercancía vulgar. He seguido religiosamente sus consignas y he viajado con muestras de agua por medio mundo. Otros, antes que ustedes, tuvieron el privilegio de probarla. Y sólo por un puñado de monedas, por una ínfima porción de esos ahorros que, a cierta edad, nos afligen más que consuelan. Bastará con que esta noche prueben un sorbo del agua milagrosa y estará todo hecho. Gracias a sus propiedades oníricas, podrán RECUPERAR fielmente su pasado... Es crucial que permanezcan dormidos mientras surte efecto, pero no deben preocuparse, gracias a un grabador inventado por mi mentor conseguiré registrar sus sueños y, por una módica cantidad, les entregaré un cd con el contenido de los mismos. A partir de ese día podrán recuperar sonidos increíbles, ecos almacenados en lo más profundo de su memoria: los esquilos de los bueyes, el columpio donde se mecían al atardecer, la voz de sus madres susurrándoles una nana... ¿Puede haber algo más valioso que esos recuerdos? Nadie sostendrá tal infamia. Queridos amigos, a partir de esta noche irrepetible, quedo a su entera disposición.

Aquellas palabras provocaron un silencio rotundo y dejaron con la boca abierta a todos los asistentes. Las manos se elevaron a la vez y, aún en su rigidez artrítica, alcanzaron un clímax inédito. ¡Quiero probar ese agua!, se oyó decir, y al poco el grito se transformó en un coro unánime, una eclosión de rugidos que, sobre una apoteosis tumultuosa, inflamó al mago Santini. Sólo yo, incrédulo y mosqueado, lo miraba de hito en hito.

- ¡No se inquieten, hay para todos! –puntualizó, y los gritos seniles, como un contrapunto tenebroso, se derramaron por toda la residencia.

Por eso, cuando a la semana siguiente mi padre arrojó por el balcón a Santini (menos mal que desde la planta baja), éste no dejó de asombrarse y escupir, con acento lunfardo, lamentos iracundos: conducta que secundó Silvia inmediatamente pues, desilusionada con la actitud de mi padre, decidió marcharse con su amor argentino.

Los dos pasaron la noche al raso –en el mismo sitio donde, veinte años antes, volaba un columpio en la soledad del jardín- y yo, que siempre había adorado a mi hermana, decidí prestarle socorro.

- Eres un cielo –me dijo al verme con comestibles, aunque yo comprendí con aflicción que no la volvería a ver (ni tampoco a Santini quien, acaballado sobre una tapia, suspiraba como un sapo melancólico).

- ¿Te vas a casar con él? –le pregunté a Silvia.

- ¿Te parece muy feo?

- Creo que aunque lo beses muchas veces nunca se convertirá en un príncipe.

Entonces mi hermana acercó su cara a la mía y me miró –lo recuerdo vivamente- con una extraña intensidad.

- Sé que piensas que es un vulgar vendedor de crecepelos, pero algún día sorprenderá al mundo – me susurró-. Sólo aspira a recuperar la nostalgia, la fe de la memoria, los recuerdos que la gente no quiere olvidar... Y acto seguido me dio un abrazo fraterno, acompañado de un beso que me dejó en el rostro, fresca como la noche, una huella con forma de caracol.

Al sapo Santini lo atropelló irónicamente un camión de Aguas Perrier meses después y aunque la noticia turbó ligeramente a mi padre –que se palpaba el pecho camino de su *scriptorium*-, se recuperó, como le caracterizaba, con mucha presteza.

Yo me mantuve al margen y no les hablé de los discos que, metidos en un cajón, guardara en casa Santini. Tampoco demostraban su inocencia pues, tras escuchar las grabaciones atentamente, parecían fruto de su demencia, como si sus acechos nocturnos fuesen, a la postre, una ofensa póstuma para nuestra regia comunidad. Eran sonidos groseros, banales, esos que vienen escoltando, desde tiempo inmemorial, la aurora de los cuerpos: ventosidades, eructos y, cómo no, los desahogos periféricos de la actividad carnal. Santini había saqueado, con una fidelidad mesiánica, el alma plebeya del mundo.

Y eso mismo intuía que oíría veinte años después, un sábado de luto, mientras observo un vaso de agua delante de mis ojos. Se supone que tengo que beberlo, pero imagino que lo que me lega mi hermana, tras haber asistido a su funeral, es fruto de una patraña: la sugestión que le provocara aquel iluminado bonaerense que convirtió su vida en un delirio. Me conforta pensar que no se halla aquí mi padre, para quien, instalado en la vejez (incluso cuando lanzaba exclamaciones camino de su *scriptorium*), la ausencia de Silvia solo le reportó sinsabores.

Pero quién mejor que yo, el hijo que aprobó notarías, para dejar constancia del pasado. Un tiempo que últimamente evoco con asiduidad, como si lo que le sucedió a Silvia -cuando éramos niños y pasábamos las horas retándonos en el jardín-, no tuviera que ver con mi infancia, y como si lo que perpetró Santini, el loco *capturador de almas*, me suscitase un furtivo dolor.

Así que me armo de valor y apuro el dichoso vaso de agua, y le suplico a mi esposa que, para reflexionar en silencio, me deje completamente solo.

Bebo, pues, dejándome llevar por una súbita somnolencia y, pasado un rato, ¿qué es lo que consigo oír?: nada, absolutamente nada, salvo los borborigmos de las cañerías y un lejano trino de pájaros. Pero, cuando estoy punto de levantarme, mientras se desvanece el último sonido, capto un temblor, un murmullo que, de modo fulminante, me derrumba en la silla; y es al cerrar los ojos de nuevo cuando, con el corazón en un puño, oprimido por una oscura emoción, lo distingo con claridad: no solo ráfagas, la presencia de ondas o murmullos, sino algo más, una quejumbre cálida, un rumor suave que sólo yo, y por supuesto mi hermana, podíamos recordar. Un sonido que *ya no existe*, que desapareció

hace mucho, que no debería turbar de este modo mi memoria. Pero lo hace, sí, lo hace, y al taparme la cara, al deslizarme hacia el pasado, me llega con nitidez, entre la sombra de los árboles, junto al gozne oxidado de las cadenas, bajo el balanceo insomne del columpio en el jardín...Y también, *cómo es posible Santini, cómo es posible*, los gritos de Silvia, su risa blanca y sonora, el júbilo que brillaba en su boca al empujarla, con toda la fuerza de mis brazos, hacia los cielos altos y libres de nuestra exultante juventud.

Fin